

demonios sobre otros, y que Dios les permita el uso de ella; pero dudo mucho que el demonio superior, con quien se hace el pacto, sea tan fiel en la observancia de él como nos suponen las noticias que corren de los Espíritus Familiares; pues segun lo que se dice, estos jamás rompen su prision, y el que los compra lo hace debaxo del supuesto que da su dinero por una alhaja inamisible. El demonio no observará pacto alguno, sino en tanto que conduzca á sus depravados designios; y en las innumerables circunstancias que pueden ocurrir, habrá casos en que á su malignidad tenga mas cuenta quebrantar el pacto, que observarle.

36 Como quiera que sea posible que el demonio pres- te con legalidad ese funesto obsequio á los hombres, ase- guramos, no obstante, ser fábula lo que el vulgo cree de los demonios familiares de las Naciones extranjeras. Si fuese tan freqüente su uso, se leería mucho de ellos en las Historias clásicas de los Reynos, pues intervendrian como instrumentos en los sucesos de mayor monta. Siendo vendibles, ¿quiénes mejor podrian comprarlos que los Príncipes? Con un Familiar que cada uno tuviese á su mandado, ¿oh cuánto ahorrarian de lo que gastan en Postas, y de lo que expenden en ganar confidentes para saber lo que se trata en los gavinetes de sus enemigos! ¿Son por ventura todos los Príncipes tan timoratos, que solicita- dos de la ambicion renuncien á todos los medios ilícitos de promover sus intereses? Sin embargo, en las historias no se encuentra el uso de los Familiares, ni señas de él; an- tes todo lo contrario, pues no se lee suceso alguno á quien no se señalen las causas naturales, y ordinarias.

37 Asi que las narraciones de Espíritus Familiares solo se hallan en el vulgo, ó en algun Autor nimiamente crédulo, y facil, que andaba recogiendo cuentos de vie- jas para llenar un libro de prodigios. Los años pasados corrió por Galicia, que cerca del Cabo de Finis Terræ se vió venir volando de la parte del Norte una nube, de la qual salieron tres hombres cerca de una Venta, y despues de

de desayunarse en ella, volvieron á meterse en la nube, y continuaron el vuelo ácia la parte Meridional. Por ser es- to en aquel tiempo en que las Potencias coligadas con- tra nosotros solicitaban entrar en su alianza á Portugal, se discurria que aquellos tres eran Postillones aereos de alguna Potencia del Norte, que llevaban cartas á aquel Reyno. Si fuese asi, podria la misma Potencia embiar tambien por el ayre Navios, y Exércitos; pues al demonio tan facil le es conducir por las nubes treinta Navios, como tres hombres solos. Pero no es razon gastar mas tinta en impugnar tan irrisible fábula.

VARA DIVINATORIA, Y ZAHORIES.

DISCURSO QUINTO.

§. I.

EL uso de la Vara Divinatoria parece ser invencion reciente, porque solo en Autores muy modernos se halla noticia de ella. El Padre Lebrun, Presbytero del Oratorio, en su Historia Crítica de las Prácticas super- sticiosas, dice que los primeros que intentaron descubrir con el uso de una Vara aguas, y metales subterráneos, fue- ron un Caballero llamado el Barón de Bello Sol, y su mu- ger Madama de Berteró, que vinieron de Ungría á Fran- cia el año de 1636 con el título de buscar minas en aquel Reyno: y parece que quien hacía el primer papel era la Madama, de la qual el Padre Lebrun dice que era una gran enredadora, y que escribió un libro sobre esta ma- teria, dedicándosele al Cardenal de Richelieu, con el tí- tu-

tulo de la *Restitucion de Plutón*. En él señalaba las minas que habia descubierto en Francia; pero parece que ni el Rey, ni el Ministerio hicieron caso de aquellas noticias.

2 Los que se complacen en derivar todas las prácticas supersticiones de la antigüedad, para mostrar su erudicion, puede ser hallen el modelo de la Vara Divinatoria en el Caducéo de Mercurio, en el Cetro de Minerva, en la Vara de Circe; pero sin razon, porque el uso de aquellos instrumentos era muy diferente del que ahora tiene la Vara Divinatoria. Con mas verosimilitud (atiendo precisamente á la letra del Texto) se podria creer indicada esta Vara en aquellas palabras de Oseas: *Populus meus in ligno suo interrogavit, & baculus ejus annunciavit ei.* (cap. 4.) *Mi Pueblo preguntó á su báculo, y su báculo le respondió.* Sin embargo, la supersticion de los Hebréos, de que Dios se quexa en este lugar, segun la interpretacion que le dan los Expositores, no tenia que ver con la práctica de que tratamos, aunque así aquella, como ésta, se exercitase en un báculo, y una, y otra tuviesen por fin la revelacion de alguna cosa oculta.

3 Digamos ya, qué cosa es la Vara Divinatoria, cómo, y á qué fin se usa de ella. Es ésta un báculo de Avellano, dividido por la parte superior en dos astas, en forma de horquilla, ó Y griega. Sírvense de él para descubrir las minas de los metales, los tesoros escondidos debajo de tierra, y también los cauces de agua. El uso es el siguiente: Toma un hombre con las dos manos las dos astas del báculo, y caminando de este modo con él, va tentando todo el terreno que quiere exáminar. Dícese que en llegando á algun sitio donde hay, ó mina, ó qualquier metal sepultado, ó cauce de agua, las dos astas del báculo padecen una contorsion violenta, que es índice de que allí está lo que se busca.

§. II.

4 **E**Ntre los Autores que tocan esta materia, unos niegan el hecho, otros le afirman, y otros dudan. Los

Los que admiten como verdadero el fenómeno, se dividen en quanto á la asignacion de la causa, queriendo unos señalarle causa fisica, y otros atribuirle á pacto diabólico. A la verdad, segun la rancia filosofia de *sympatías*, y *antipatías*, es facil hallar causa natural á éste, y aun á mas admirables fenómenos; porque de qualquiera modo que se mueva un cuerpo en la presencia de otro, con decir que se mueve por *sympatía*, ó por *antipatía* está compuesto todo.

5 En la filosofia corpuscular no es tan facil la explicacion. Sin embargo, como los Filósofos modernos tuvieron la valentía de reducir á puro mecanismo las admirables propiedades del imán; no desconfiaron de hallar por el mismo camino la causa del movimiento de la Vara Divinatoria, que al parecer es menor empresa. Dicen, pues, que los hálitos, ó efluvios de corpúsculos que despiden ácia arriba los metales, y aguas subterranas, penetrando por los poros de la Vara, é impeliendo sus fibras, la fuerzan á aquel género de movimiento.

6 Es cierto que no hay systema alguno filosófico á quien sus Sectarios no tengan por una Botica universal donde hay remedios para curar todas las dudas; y así qualquiera consulta que se les haga, se encuentra en ellos pronta la receta. Unos á lo Galénico aplican las qualidades elementales; otros que son curadores por ensalmo, las ocultas; otros recetan por escrúpulos los átomos; otros á buen ojo, y sin determinar la dosis, porque no tiene peso, la materia sutil. Pero me temo mucho que todos nos dan *quid pro quo*; esto es, la opinion en vez de la verdad, y todas las curas que hacen de las ignorancias de los hombres, son puramente paliativas. Lo que no tiene duda es, que apenas se encuentra explicacion de algun fenómeno, ni en éste, ni aquel systema, en que no se vea que son mas fuertes las objeciones que padece, que las pruebas que exhibe.

7 Facil es aplicar, y comprobar la aplicacion de esta máxima general á la materia presente: porque supo-

nien-

niendo que los efluvios metálicos tengan el ímpetu que es menester para forzar las fibras de un leño, dándoles otra direccion; ¿quién no vé que no hay razon para que esto lo hagan solo con un báculo de Avellano, y no con el de otro algun arbol? Pues, ó ya esto se atribuya á la flexibilidad de las fibras, ya á la estrechez, ó por el contrario (porque uno, y otro puede decirse) á la laxidad de los conductos; es claro que otros árboles igualan, y exceden al Avellano en qualquiera de estas cosas. Fuera de que siendo los efluvios de diferentes metales entre sí, y la copia de ellos mayor, ó menor en distintas mineras de un mismo metal, estas dos diferencias los proporcionarán para hacer aquella impresion en leños de textura diferente.

8 Sé que algunos dicen que tambien se logra el suceso con la Vara de Sauce, y de otro tal qual arbol; pero sobre que esto acaso se inventó para ocurrir á la réplica, pregunto mas: ¿Por qué la Vara no se mueve sobre las corrientes de agua descubierta, ni sobre los metales que están á la vista, ó metidos en una arca? ¿Por ventura las aguas, y los metales que están sobre la superficie de la tierra, no tienen efluvios, y sympatías?

9 A la verdad, estos argumentos, aunque prueben que aquel modo de filosofar no es bueno, no inferen que lo que se dice del movimiento de la Vara Divinatoria sea falso, pues bien podria ser verdadero el fenómeno, aunque errasen los Filósofos en la asignacion de su causa fisica. Así, no es esto lo que me determina á condepar por fabulosa esta invencion; si el ver que no está apoyada por alguna bien justificada experiencia; antes, si en esta materia hay alguna experiencia bien justificada, da testimonio contra lo que se dice de la Vara Divinatoria.

10 **Q**uien mas puso en crédito este embeleco, ó acaso el único que le puso en crédito, fue un paysano del Delfinado, llamado Jacobo Aimar, hombre

bre basto, y al parecer sencillo. Fue tanto lo que se dixo de este hombre, que voló en breve su fama, no solo por toda la Francia, mas por Italia, Flandes, Inglaterra, y Alemania. Era voz comun que no solo descubria los metales, ó cauces de agua escondidos, mas apenas habia cosa oculta que con la Vara no hiciese manifesta. Si se habian obscurecido los términos de algun territorio, por haberse trasladado á otra parte los mojones, señalaba con la Vara sus antiguos límites. Si se habia cometido algun hurto, ú homicidio, cuyos autores se ignoraban, la Vara con su movimiento le dirigia adónde estaban, y descubria. Contábase como hecho de notoriedad pública, que en Leon de Francia, despues de haber hecho inútilmente varias pesquisas la Justicia para averiguar el autor de un asesinato, se recurrió á Jacobo Aimar, quien descubrió dónde estaba escondido el agresor; y siendo éste aprehendido, confesó el delito, y fue ahorcado. Asimismo se decia, y aun se imprimió en el Mercurio Histórico, que en Orange se valieron de él para descubrir quién era el padre de un niño expósito, y lo logró felizmente, siguiendo desde el sitio donde estaba el niño el camino que la Vara le señalaba con su movimiento. A este modo se referian otras cosas.

11 Siendo las adivinaciones de Jacobo Aimar tan autorizadas con la voz pública, pocos osaban contradecirlas; y estos, como hombres de obstinada incredulidad, eran rebatidos con desprecio. Entre los que daban asenso, los mas, esto es, los vulgares, no se metian en el exámen de la causa; creían buenamente, como sucede siempre, lo que oían, sin pasar adelante. Los muy picados de filosofia, para todo hallaban causa natural en los efluvios de los cuerpos, de cuya investigacion se trataba; y estos me parecen los menos razonables de todos, pues por mucho que se estienda la Física, es claro que están fuera de su alcance los prodigios referidos. En fin, otros, ó lo atribuían á pacto diabólico, ó á milagro: y aquel rústico parece que queria se creyese esto último, porque sobre

mostrarse en todo su exterior muy devoto, decía que si no hubiese conservado con gran cuidado intacta su virginidad, no pudiera descubrir nada con la Vara.

12 Hallándose las cosas en este estado, aquel famoso Héroe que tuvo la Francia en el pasado siglo, y á quien con tanta justicia dio el renombre de Grande, Luis de Borbon, Príncipe de Condé, hombre de superiores talentos, y de ninguna deferencia á los rumores populares, quiso exáminar por sí mismo la materia. Para este efecto hizo venir de Leon de Francia á París á Jacobo Aimar, donde haciéndose con él varios experimentos, en ninguno correspondió el suceso. En algunas partes escondieron debaxo de tierra, de orden del Príncipe de Condé, cantidades considerables de moneda de varias especies, y tanteando Aimar con la Vara los sitios donde estaban, en ninguno de ellos atinó con el metal oculto. Uno de aquellos días que estuvo Aimar en París se cometió un homicidio; lleváronle de noche al sitio donde estaba el cadáver escondido, pero la Vara no hizo algun movimiento. Conduxéronle despues por el camino por donde habia huído el homicida, hasta la casa donde se habia refugiado, estando siempre inmovil la Vara á todas estas pruebas. En fin, apretado el hombrecillo por el Príncipe de Condé, le confesó que quanto se habia dicho de él era impostura, en que habia tenido menos parte su sagacidad propia, que la credulidad agena. Ya queria alguno de los Magistrados de París cogerle, y hacerle causa para embiarle á galeras; pero el de Condé, por haberle traído debaxo de la fe de su palabra, le hizo escapar, dándole treinta doblones para el camino. Asi este hombre, que contra la regla comun era profeta en su tierra, no pudo serlo en la agena.

§. IV.

13 **D**isputóse entre los que habian asistido al exámen de Aimar, si convenia hacer manifiesta al público la impostura, ó dexarle en la creencia en que estaba. Muchos se inclinaban á esta segunda parte, sobre el fun-

fun-

fundamento, de que se escusarian muchos delitos, reynando la persuasion de que la Vara era medio infalible para descubrir los delinquentes. Prevaleció, no obstante la sentencia opuesta, esforzándola mucho el Príncipe de Condé, quien hizo que en el *Diario de los Sabios de París* se estampase el hecho; y fuera de esto Mr. Buisiere, Boticario del mismo Príncipe, de orden de su Alteza, dio al público escrito particular sobre la materia, que cita Pedro Baile en su Diccionario Crítico, verbo *Abaris*, juntamente con una carta al asunto, escrita por Buisiere al mismo Baile.

14 Este proceder fue tan justo, como el fundamento de la sentencia opuesta, en vano. Lo primero, porque todo embuste se debe perseguir á sangre, y fuego. Dios quiere que siempre reyne la verdad, aun quando por accidente haya de resultar alguna utilidad de la mentira. Lo segundo, porque, ó la Justicia habia de usar de la Vara en la pesquisa de los malhechores, ó no. Si lo segundo, ¿de qué servia dexar al público en su engaño, sabiendo los facinorosos que no habian de ser descubiertos por ese medio? Si lo primero, se seguiria un inconveniente gravísimo, esto es, que pasarian por culpados infinitos inocentes; pues suponiendo que Aimar, ó qualquiera otro embustero que manejase la Vara, no podia descubrir con ella el delinquente verdadero, señalaría por tal á otro que no lo fuese. Con que véase aqui al malhechor puesto en seguro, y el inocente en el riesgo.

15 ¡Oh cuántos errores populares hay, que, á semejanza de éste, en la superficie son inocentes, y en el fondo traen consequencias perniciosísimas! Clamen contra mí quantos quisieren, que no se debe sacar de sus preocupaciones al vulgo. Yo nunca seguiré el partido de aquellos que neutrales entre la verdad, y la mentira, igualmente dan pasaporte á una, y otra. Pretéxtase la conveniencia, y es, que por estar mas distante no se advierte el daño.

§. V.

§. V.

16 **H**E propuesto con alguna extensión la historia de Jacobo Aimar, por ser este un exemplar eficazísimo para retraernos de dar asenso á los rumores populares. Ninguna fábula se vió mas bien establecida en la voz comun, y con todo se vió al fin que era fábula. Hervían en Francia las atestiguaciones de los prodigios de este hombre: Unos decian, *yo lo ví*: otros, *yo lo oí á tales, y tales personas fidedignas que lo vieron*: otros exhibian testimonios por escrito. ¿Y qué se halló llegando á la prueba? No mas que un engañador astuto, debaxo de el velo de un rústico simple. Asi le caracteriza Mr. Buisiere, de quien se habló arriba.

17 En este exemplar se ve tambien cuánto crecen las mentiras puestas en manos del Pueblo, y cuánto son creídas, aunque crezcan á una estatura monstruosa. Al principio nadie atribuía á la Vara de Avellano otra virtud que la de descubrir metales, y fuentes. Despues se extendió á manifestar los términos de los campos, y los autores de homicidios, robos, y otros delitos. Finalmente, ya no habia cosa oculta que no creyesen los vulgares podia ser revelada por medio de la Vara Divinatoria. Mr. Buisiere dice que quando Aimar entró en París uno llegó á preguntarle si el verdadero cuerpo de un Santo era el que se veneraba en tal Iglesia: que otros le mostraban las reliquias que tenian para que los desengañase si eran verdaderas. Que él mismo conoció á un Oficial mentecato que le dió dos escudos porque le dixese si una muger, con quien trataba casarse, era doncella.

§. VI.

18 **C**onozco que muchos hallarán notable dificultad en que un rústico pudiese engañar á un Pueblo como el de Francia, que ciertamente nada tiene de bárbaro. Para cuya satisfacción diré que no hay Pueblo alguno en el Mundo, en quien el número de hombres ve-

ra-

races, y de juicio sano no sea cortísimo. La multitud se compone por la mayor parte de los que son, ó mentirosos, ó muy crédulos. Con que siendo grande el partido que da ayre á las fábulas, y corto el que las resiste, no se debe estrañar que en qualquiera Provincia tome vuelo la mas enorme patraña. El rústico era un grande hypócrita, y muy ladino: todos los días oía Misa, rezaba mucho, y comulgaba con freqüencia. A tales hombres suele creer el vulgo, aun contra su propia experiencia. No queria salir de dia á parte alguna, porque decia que le matarian los ladrones, y otros malhechores, porque no los descubriese. Este era el pretexto para hacer sus experiencias de noche, quando las sombras favorecen todo género de engaños. Mr. Buisiere añade que habia una multitud de hombres, que interesándose de concierto con Aimar en los presentes que recibia, procuraban con arte adquirir noticias, y ocultamente se las ministraban; y es de creer, que por esta via supiese quién era, y adónde estaba el autor del asesinato de Leon, si ya ésta no fue especie supuesta. Observaba con cuidado las señas del terreno, y donde, ó por ellas, ó por el aviso que le habia dado algun confidente, creía que estaba escondido lo que buscaba, jugaba con arte la muñeca para mover la Vara, de modo que parecia que no era él quien la movia, sino otra causa oculta. Entre las experiencias que se hicieron en París, una fue esconder un costal de piedras debaxo de tierra, dexando algo removido el terreno en la superficie; y no habiendo tenido la Vara movimiento alguno donde estaban los metales, se movió donde estaban las piedras. Sin duda observó el terreno movido, y allí impelió la Vara, creyendo se habia escondido en aquella parte alguna porcion de moneda, ó vajilla de oro, ó plata. En fin, quando eran visibles los yerros, asi él, como otros que estaban preocupados, lo atribuían á que faltaban entonces algunas disposiciones, sin las quales la Vara no hacia su efecto. Y aun hoy hay en las Provincias estrangeras algunos que á la sombra de esta tram-

trampa quieren mantener la Vara Divinatoria, contra innumerables experiencias que prueban la impostura.

19 Ciertamente no son menester tantas, y tales circunstancias como las expresadas para engañar á un Pueblo, y mantenerle en el engaño; es muy corto el impulso de que necesita el vulgo para ser movido ácia el error. Un Pueblo grande es como aquellas grandes máquinas, á quienes, por la disposición que tienen, pequeña fuerza da mucho movimiento. Conozco un Médico sumamente infeliz en pronosticar el progreso, y éxito de las enfermedades. Es rarísima la vez que acierta; con todo, en el comun del Pueblo es oído como oráculo. En vano se le representan las experiencias contrarias. Milagros hace en esta facultad un poco de maña, y osadía; pero son milagros al revés de los de Christo, porque ciegan á los que tienen vista, en vez de dar vista á los ciegos.

20 Por conclusion digo, que si alguno, usando de la Vara Divinatoria, lograre los aciertos que le atribuyen sus partidarios, se debe hacer juicio que interviene pacto diabólico explícito, ó implícito. Este es el sentir del doctísimo Dominicano Natal Alexandro en el primer Apéndice del segundo Tomo de su Teología Moral, epíst. 56. donde trata dignamente esta materia como Filósofo, y como Teólogo; y refiere parte de lo que hemos dicho arriba de Jacobo Aimar, á quien el Padre Natal fue contemporáneo.

§. VII.
21 LA fábula de los que llamamos Zahories está en el primer grado de parentesco con la de la Vara Divinatoria. Entrambas miran á lisonjear la codicia, pretendiendo descubrir las minas, y tesoros que cubre la tierra. Dáse el nombre de Zahories á una especie de hombres, de quienes se dice que con la perspicacia de su vista penetran los cuerpos opácos; haciéndose de este modo patente quanto á algunas brazas debaxo de la tierra está oculto. Este es embuste endémico de España (pues en los

los Autores Estrangeros no se halla noticia de semejante gente, ó si alguno los nombra, es con la circunstancia de adscribirlos á nuestra Nacion, citando nuestros propios Autores), y acaso le hemos heredado de los Moros, pues la voz *Zahorí* parece Arábica (a).

22 No se puede decir que esta virtud sea natural, ni sobrenatural; consiguientemente se debe condenar como fingida, ó como supersticiosa. No natural, porque ningun cuerpo opáco se puede ver naturalmente, sino segun la superficie donde hace reflexion la luz; y es claro, que pues la luz no penetra á la profundidad de los cuerpos opácos, no puede hacer reflexion en ella. En atencion á esto hemos declarado (en el segundo Tomo, Discurso segundo) fabuloso lo que se dice de la penetrante vista del Lince, y ahora comprehenderémos debaxo de la misma regla á aquel hijo de Afareo, Rey de los Mesenios, á quien varios Autores de la antigüedad atribuyeron la mis-

(a) La patraña de los Zahories, estando escrita como verdad en algunos de nuestros libros que se esparcen por Europa, no podia menos de pasar á otros Reynos. En efecto pasó, y fue creída, no solo del ignorante vulgo, mas aun de muchos Filósofos. Luego que el siglo pasado (dice el Marqués de San Aubin, Tom. 3. lib. 4. cap. 2.) sonó que habia en España unos hombres que veían lo que estaba debaxo de tierra hasta veinte picas de profundidad, muchos Filósofos no dexaron de hallar (á su parecer) razones para persuadir que podia esto suceder naturalmente. Refiere luego que el Mercurio Francés del año de 1728 daba noticia de una señora Portuguesa (que nombraba Pedegascha), que veía quanto estaba dentro de tierra hasta treinta, ó quarenta brazas de profundidad; mas por lo que mira al cuerpo humano no le penetraba estando vestido. La ropa la impedía. Pero estando desnudo, todas las partes interiores registraba, los abcesos asimismo, ú otros qualesquiera vicios que hubiese, asi en los humores, como en las partes sólidas. Puede ser que esta fábula no naciese en Portugal, sino en Francia. Pero este Autor no da fe á la existencia de los Zahories, fundándose principalmente, para negar el asenso, en mi testimonio; pues despues de citarme concluye así: *El testimonio de este Benedictino, siendo como es Español, es de un gran peso para asegurar la falsedad de esta opinion.*

Tom. III. del Teatro.

G

misma excelencia de la vista del Lince, dándole consiguientemente el nombre de Linceo porque decian que penetraba con la perspicacia de sus ojos, troncos y peñascos; mentira que Apolonio, en el Poema de los Argonautas, aumenta enormemente, refiriendo que sondeaba con la vista la profundidad de la tierra, hasta ver todo lo que pasaba en el infierno. Ni pienso que se debe dar mas fe á lo que Varron, Valerio Máximo, y otros cuentan de aquel hombre, llamado Estrabón, que en la primera Guerra Púnica, desde el promontorio Lilybeo (en Sicilia) veía, y contaba las Naves que salian del Puerto de Cartágo, habiendo la distancia de ciento y treinta millas. Es claro que estando el ayre por donde se dirige horizontalmente nuestra vista lleno de vapores, y de innumerables corpúsculos, los quales tienen algo de opacidad, los que se juntan en tan dilatado espacio son tantos que impiden el tránsito á la vista, tanto como el cuerpo mas opáco. Y aun quando el ayre atmosférico fuese perfectamente diáfano, resta la dificultad de que las Naves puestas á la distancia de ciento y treinta millas forman en el centro de la retina un ángulo tan extremadamente agudo, que por consiguiente es insensible la imagen, é inepta para la vision, como saben los versados en la Optica.

23 Tampoco puede decirse que la virtud de los Zahories sea sobrenatural. Lo primero, porque no es creible que tenga á Dios por autor especial una virtud, cuyo uso solo sirve á la codicia. No se oye decir que los Zahories desentierren tesoros para socorrer á pobres, ó para hacer guerra á Infieles; sí solo que andan buscando hombres avarientos, á quienes brindan con la esperanza de aumentar sus riquezas, para que revolviendo montes, descubran los sitios que ellos señalan. Lo segundo, porque ni en la Sagrada Escritura, ni en la Historia Eclesiástica leemos que Dios haya concedido esta virtud por modo de hábito penetrante á alguno de tantos siervos ilustres como ha tenido, y con quienes se ostentó tan benéfico; cómo es creible que negándola á todos sus mas íntimos amigos,

esta T. lib. III. mo. T. la

la reserve para unos hombres nada sobresalientes en mérito? Lo tercero, porque las gracias sobrenaturales no están vinculadas á Nacion alguna, y los Zahories solo se dice que los hay en España.

24 El vulgo está en la simple aprehension de que Dios dispensa esta gracia á los que nacen el dia de Viernes Santo; sin advertir que habria infinitos Zahories, porque son muchos los que nacen ese dia. Algunos la limitan á la circunstancia de nacer en aquel tiempo preciso en que se está cantando la Pasion ese dia. Pero aun de ese modo se sigue que habrá en el recinto de España de setecientos á ochocientos Zahories: pues esta suma, poco mas, ó menos, resulta suponiendo que los hombres nazcan igualmente en todos los dias, y horas del año; y que España tenga siete millones y medio de personas, que es la poblacion que le ajusta el señor Don Gerónimo de Uztariz en su excelente libro de *Teórica, y Práctica de Comercio, y de Marina*. Lo qual se entiende, como dicho Autor se explica, incluyendo á Mallorca, y excluyendo á Portugal; que si se incluye á Portugal, aunque se excluya á Mallorca, como se debe hacer para la cuenta de los Zahories, aun sale mayor el número de estos. En consecuencia de este cómputo no habria Provincia en España que no tuviese quatro, ó cinco docenas de Zahories. ¿Dónde están, que no los vemos?

25 Ni se puede decir que ocultan esta gracia los que la tienen; pues Dios, ni como Autor natural, ni menos como sobrenatural, concede virtudes para que no tengan uso, ó exercicio alguno. Aquellos á quienes dio la gracia de curacion, curaban: á quienes dio el don de lenguas, las hablaban. Lo mismo de todas las demas gracias sobrenaturales.

26 Solo, pues, resta decir que esta virtud es supersticiosa, y los que la exercitan tienen pacto expreso, ó implícito con el demonio. A la verdad el ministerio de extraer el oro que está en las entrañas de la tierra, mas acomodado es para atribuirle al influxo diabólico, que á

la asistencia divina: porque la copia de aquel precioso metal mas fomenta el vicio que favorece la virtud.

Effodiuntur opes, irritamenta malorum.

Este parece fue el pensamiento de los antiguos, quando fingieron que Pluto, Deidad infernal, fue el primer descubridor de las minas de oro, y plata. A lo qual, si añadimos que Posidonio, citado por Paseracio, dice que este Dios infernal tiene constituido su domicilio en los Lugares subterráneos de España, se encuentra una alusion ajustadísima al supuesto hecho, de que solo en España hay esta casta de hombres, que en virtud de influxo diabólico descubren las minas.

27 Pero valga la verdad. Primero se ha de probar el hecho de que hay verdaderos Zahories, que se condenen por hechiceros los que se jactan de serlo. Pueden ser Zahories, y pueden ser unos meros embusteros: y como, suponiendo que para lo primero sea necesario pacto diabólico, y éste es un delito mucho mas grave que la patraña de fingirse Zahories sin serlo, nos debemos inclinar á creer antes esto que aquello por la regla del Derecho que dicta que en las materias dudosas se aplique siempre el juicio á la parte mas benigna: *Semper in dubiis benigniora preferenda sunt.*

28 A esta razon de equidad natural se agrega la de la experiencia. No tengo noticia de alguno que efectivamente haya descubierto tesoros; pero sí de uno, ú otro que estafaron á algunos simples codiciosos, esperanzándolos de que se los manifestarian, y dexándolos despues burlados.

29 Para engañar en esta materia á gente demasiado crédula, no es menester mas artificio que el comun de qualquiera tunante, gesto eficaz, y misterioso; ir dando á pausas la noticia, como que la arranca la fuerza del ruego; encargar mucho sigilo, &c. Pero quando se trata con personas de alguna advertencia, contribuye á la persuasion hacer primero la experiencia de manifestar adónde hay cauces de agua ocultos, los quales se conocen por al-

algunas señas naturales, como por los vapores que se ven elevar del terreno antes de salir el Sol: la produccion espontánea de juncos, sauces, y cañas. Tambien para conocer dónde hay venas metálicas dan los Naturalistas algunas señales, de las quales, si son verdaderas, el que estuviere instruido podrá pasar por Zahorí por Mar, y por Tierra.

MILAGROS SUPUESTOS.

DISCURSO SEXTO.

§. I.

1 **A** Margamente se queja el doctísimo, y gloriosísimo Mátyr de Christo Tomás Moro en el Prólogo al Diálogo de Luciano, intitulado el *incrédulo*, que traduxo de Griego en Latin, del perjuicio que la fabulosa multiplicacion de milagros hace á la Iglesia. Justísimamente llora lo que el infiel malignamente rie. Los milagros verdaderos son la mas fuerte comprobacion de la verdad de nuestra Santa Fe; pero los milagros fingidos sirven de pretexto á los infieles para no creer los verdaderos. Los que entre ellos son mas sagaces tienen justificada la suposicion de algunos prodigios que corren entre nosotros: con esto hacen creer al Pueblo rudo que quanto se dice de milagros de la Iglesia Católica es embuste, y falsedad. Así la obstinacion se aumenta, el error triunfa, y la verdad padece.

2 En la Ciudad de la Coruña no ha muchos años corrieron en el Pueblo, y aun se predicaron en el púlpito dos milagros, de cuya falsedad, además de muchos de los nuestros, fue testigo ocular Guillelmo Salter, Inglés, y Consul entonces por su Nacion en aquel Puerto. El uno